

Del Dios Filosófico a la existencia como derroche o El manual para convertirse en Dios blla

La ontología metafísica define a Dios (filosófico) como la substancia absoluta, suprema y necesaria. Se establecen diversas características acerca de este Ser Necesario: Causa incausada. Suprema finalidad. Acto puro. Supremo ordenador.

La Causa incausada se refiere a su aseidad. Que es en sí. No debe su existencia a nada, sino a sí mismo. “Dios ha de constituirse por el predicado de *ser por sí* y en *ejercicio* o, lo que es lo mismo, por *el ente que existe actualmente por sí...*”¹

La suprema finalidad se entiende como el extremo contrario de la causa incausada. Es decir el efecto último, trascendente.

Acto puro entiende la imposibilidad de la potencia. Imposibilidad de que algo sea *posible* por que todo ya *es* en él.

Supremo ordenador, se refiere a que a sido él (o eso), el ordenador de todo lo que existe en la actualidad.

El argumento que planteo, es que es posible llegar a un estado similar en nuestra condición humana.

Comencemos por definir que entiendo por existencia como derroche.

“Toda cosa tiende a permanecer en su ser.”² Esta frase de Spinoza, la utiliza Antonio Caso para definir la existencia como economía, como resguardo biológico y egoísta. Naturalmente, es el exacto antónimo de la existencia como derroche. Aún y que Caso plantea la existencia como caridad, como la forma antagónica de la existencia económica, ésta primera no me parece más que una refinada forma de la última.

La existencia como derroche no busca ser ella misma, por que sabe que siendo ella, se limita y se constriñe en sí. Tampoco busca ser otro, u otros. Sino busca derramarse en lo infinito y convertirse en Dios. No cree en tampoco en la caridad, por que ello lo entiende como una economía especializada en el egoísmo benévolo. En última instancia, la existencia como derroche, busca, de una u otra manera su destrucción (por que ve con horror, que inevitablemente su existencia es singular), a favor de la infinitud.

Todo esto por medio de la comunión en un instante con la soledad, desamparado de las grandes maquinaciones abstractas que han creado a la bioeconomía del ser: La esperanza y la memoria.

Pero ¿cómo derramarse en el *todo*? ¿*Dónde* puede existir la eternidad? O, mejor dicho ¿cuándo se puede vislumbrar lo eterno?

La conciencia metafísica que siempre a existido hacia el pasado y hacia el futuro han sido los principales motores del egoísmo, de la existencia como economía y la existencia como caridad. Nuestra esperanza nos lleva a cometer actos *económicos* que nos resguardan para el futuro. El pasado nostálgico nos lleva a sufrir en la pena ajena... por supuesto que al tratar de aliviarla, lo que hacemos es *economizar* con nuestro propio dolor.

La esperanza y la memoria, son los lastres del ser.

El futuro, todo cargado de los anhelos imposibles, ha sido el principal obstaculo que nos priva de mirar al instante desnudo. La esperanza, ha nublado nuestra visión y se

¹ ANTOLOGÍA, texto de Juan José de Eguiara y Eguren. (1993) *Filósofos Mexicanos del Siglo XVIII*. México: Ed. UNAM. p 9

² CASO, Antonio, citando a Spinoza. (1993) *Antología Filosófica*. México: Ed. UNAM. p 43

utiliza justificar nuestro déficit de atención, fijando solo nuestra capacidad de asombro en los episodios sensoriales, tanto de la historia como de nuestra vida. Haciendonos poco partícipes de la verdadera exuberancia que significa vivirla.

Porque “se ha llegado a decir que la duración era la vida.”³ Que esta misma duración entre los episodios sensoriales, formaban en sí, al tiempo. Y todo esto por la estrechez de nuestras miras de no saber distinguir que esa duración, en realidad, no es sino la muerte que nos inunda durante la ausencia de la sensación exuberante de existir.

La memoria y el pasado, son, de la misma manera, un lastre para el asombro y la exuberancia. La novedad de un amanecer queda empañada por la memoria de otros miles. El recuerdo es el fantasma del instante, y un obstáculo para la aprehensión de la soledad de existir como uno mismo en la soledad que implicada en el derroche de recursos.

Son, la esperanza y la memoria, lo que nos atan a nosotros mismos: de hecho, lo que me hace ser *yo mismo*. Y por ello, participar activamente en la microeconomía de nuestro interior.

Es lo único que nos detiene para existir en el total derroche, en la conciencia fusionada con la naturaleza del tiempo, y saturar de un gozo soporífero el vacío existencial humano. Es lo que nos impide comprender nuestra posibilidad de acceso a la *aseidad*. Luego ¿cómo, si es que es posible, se puede llegar a tal cosa? ¡Eliminando por su puesto nuestros obstáculos! Y todo esto se centra en la existencia en el instante. En el presente.

¿Por qué? Por que la existencia como derroche solo se puede dar en la infinitud, en Dios: en el instante.

¡El instante es Dios!

Es acto puro, por que la nada y la potencia no existen en él. *Es*; cualquier *podría*, indica un traslado en el tiempo, *ergo*: no más instante. Es la causa incausada, el inicio de los inicios. Antes de él, nada es real. Es la suprema finalidad, el final de los finales. Después de él, nada es real. ¿Y qué es el orden, sino el modelo acuñado en nuestra *episteme* por la rutina de todo lo que vivimos?

Y finalmente, ¿es posible existir derrochando? Quizá, pero mientras lo pensemos, estemos seguros que no. Y aunque lo lográramos, es imposible saberlo. La existencia como derroche debe tener una íntima comunión con Dios (el instante), y por ello neutraliza la utilización de la conciencia. Neutraliza todo, excepto la existencia desbordante, la comunicación con el *ahora* interminable: con lo único que puedo vislumbrar como Dios filosófico.

No ser en sí mismo. Ser en el instante, en el tiempo cognoscible y único, entonces no habrá potencia, no habrá vacío, sino la simple soledad incommunicable de saber que uno realmente existe.

³ BACHERLARD, Gaston. Citando a Roupnel. *La intuición del instante*. (1999) México: Fondo de Cultura Económica. p 21